

El cinco de mayo

La interpretación liberal

Por Ricardo GUERRA TEJADA

"Pero una nueva era comenzaba el día que el mayor ciudadano que la República ha engendrado pronunciaba esta sentencia, que está grabada sobre la puerta del porvenir: 'Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz'."

—Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*.

El liberalismo como ideología pretende no sólo explicar la historia sino dirigirla. Como expresión de un grupo intelectual o de una clase social responde a una situación histórica, a intereses reales, etcétera. Como teoría o doctrina pretende un cierto carácter absoluto, ignora su condicionamiento real y parece moverse en el plano del saber, de la conciencia, del desarrollo del espíritu. Sus ideales, sus explicaciones históricas, lo mismo en la etapa romántica que en la positivista, en la Revolución de 1910 o en nuestros días, presentan en lo esencial las características mencionadas. En José María Luis Mora, en Melchor Ocampo, en Justo Sierra, en Ignacio Ramírez, en la generación del Ateneo, en los pensadores más destacados de la actualidad, el pensamiento liberal y democrático encarnan la síntesis ideológica predominante. "En el proceso histórico mexicano, liberalismo y democracia llegan a enlazarse y hasta identificarse, dotándonos de instituciones democráticas y liberales" [Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, t. III]. La historia del país no puede comprenderse si olvidamos esta gran tradición liberal, pero tampoco si nos limitamos a ella. La historia real, los grandes movimientos revolucionarios, se ligan con esta tradición, pero no sólo no dependen de ella sino que en última instancia la fundamentan. Ciertamente hay grandes momentos de coincidencia, el más notable es, quizá, la Reforma y la lucha contra la Intervención, pero casi de inmediato vuelven a separarse y salvo contadas excepciones la ideología no es motor revolucionario.

El liberalismo se mueve en el plano de las ideas, de las representaciones intelectuales, pero ante ciertas cuestiones el mundo real adquiere tal fuerza y relevancia que los esquemas teóricos, los prejuicios, las ideologías, dejan sitio a lo que no podremos llamar aún una concepción nueva de la historia real, pero que sí constituyen atisbos, apuntes, observaciones de alcance mucho mayor de lo que podría esperarse. No sólo en la "izquierda" liberal, en las tendencias sociales (Ramírez por ejemplo), sino en el "centro", en los que dirigen realmente el movimiento, e inclusive más tarde en el liberalismo que ha transitado del romanticismo al positivismo, de la revolución al orden, encontramos claramente el fenómeno indicado. Frente a la situación económica y, por qué no decirlo, frente a la miseria de grandes sectores de la población, van descubriendo los liberales la realidad nacional, que se les revelará muy especialmente, a partir de un acontecimiento grave desde todos los puntos de vista y más aún porque pone en crisis sus propias concepciones teóricas: la invasión extranjera, la intervención que amenaza la independencia de la patria, su ser mismo. En la lucha armada, en la violencia justa, la burguesía liberal se aproxima y se une al pueblo. El movimiento de la resistencia durante la ocupación francesa es el gran momento de la unidad, la ocasión privilegiada, pero o no era posible o no se quiso aprovecharla. Parte de la burguesía nacional se une al "imperio"; otra parte se une al pueblo, pero sólo en el plano abstracto del ideal patriótico; muy pocos lo hacen realmente: son la extrema izquierda liberal que será eliminada políticamente después de la victoria. Y sin embargo, los teóricos y los dirigentes del liberalismo se aproximan todos a esta verdadera unidad nacional, pero ni su ideología ni su momento histórico les permiten ir más allá.

La unidad real en la guerra contra la Intervención se disuelve al llegar la paz y el orden o, mejor dicho, se transforma en unidad ideal cuyos depositarios son los gobernantes, los "científicos". La conciencia, el alma nacionales, se convierten en "entes de razón", en retórica. Sin temor a exagerar podría decirse que en ciertos aspectos el porfirismo es la transformación de lo mejor del liberalismo en retórica.

Por esto la Revolución Mexicana representa la nueva afirmación de la historia real frente a la abstracción y alteración de los grandes principios liberales. Sabemos que como historia real

es lucha contra algo real y no contra una ideología, así como la resistencia lo era contra la Intervención real; pero aquí nos interesa destacar el aspecto ideológico y en este sentido la Revolución de 1910 aparece como la continuación del movimiento liberal al que, como dice Reyes Heróles, "completa y ensancha". Pero al momento de afirmación real, a la violencia revolucionaria, seguirá poco a poco el orden y la paz, la institucionalización. Se trata indiscutiblemente de un nivel superior, pero el proceso es semejante, la unión real con el pueblo es mayor, pero en gran parte está por hacerse y mientras tanto la ideología vuelve a ocupar su sitio. La tradición liberal es recuperada, y su tendencia social se afirma a tono con el desarrollo económico del país. Se ve pues la importancia de estudiar esta ideología dominante, y de comprender lo que significa de negativo y de positivo en la historia y en la actualidad mexicanas.

No se trata en este artículo de hacer una exposición sistemática del liberalismo mexicano, menos aún una crítica rigurosa. Nos interesa —mucho más modestamente— presentar en forma breve la interpretación liberal de una época de nuestra historia que en cierta manera puede centrarse en torno a la batalla del cinco de mayo. Esta presentación será eso precisamente: presentación de la visión o idea que de la época mencionada nos ofrecen los liberales más destacados o más precisamente dos de los más ilustres: Justo Sierra en su *Evolución política del pueblo mexicano*, y Porfirio Parra en su *Sociología de la Reforma*. Trataremos inclusive de usar sus propias palabras sin más cuidado que el respeto a sus ideas fundamentales. Esperamos obtener así un cuadro mucho más vivo e interesante para el lector, lo que le compensará, en parte al menos, del esfuerzo de interpretación dejado a su propia cuenta. En lo referente a la significación actual del liberalismo y a su relación con el porfirismo y la Revolución Mexicana —que cae fuera de nuestro tema— transcribimos un breve juicio de don Alfonso Reyes, y uno más largo de la obra fundamental de Reyes Heróles ya mencionada. Se verá en ellos la continuidad de la tradición liberal y su enorme importancia en nuestros días.

En cuanto a la crítica de la interpretación liberal, quedará también al lector, salvo unas cuantas indicaciones o breves comentarios hechos desde nuestro punto de vista.

Antecedentes: liberales y conservadores

Lucas Alamán, en carta dirigida a Santa Anna y a propósito de los principios que profesan los conservadores, decía: "es el primero conservar la religión católica como el único lazo común que liga a todos los mexicanos... es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos... estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo y contra todo lo que se llama elección popular, etcétera". Pero el régimen conservador es derrocado en 1855 y el triunfo del Plan de Ayutla hace posible también el triunfo de las ideas liberales, que "comprendían no sólo reformas meramente políticas como la federación definitivamente adoptada, la libertad de trabajo, la libertad de comercio, de enseñar y escribir, la universalidad del sufragio, la independencia de los poderes, sino también reformas sociales: igualdad ante la ley, abolición de las clases privilegiadas; la separación de las potestades eclesiásticas y civiles, reduciendo la Iglesia a sus verdaderos y legítimos límites que son los de la conciencia, privándola de la capacidad de administrar bienes raíces o capitales y devolviendo a la circulación la enorme suma de riquezas que había acopiado... la Iglesia libre en el Estado libre era, pues, el resultado y la consecuencia del programa liberal puro. La tolerancia de cultos formaba parte integrante de tal programa".

Frente a los liberales estaban: "el partido conservador, el campo reaccionario; allí se congregaban impulsados por la sorda inquietud que inspiran los intereses amenazados, el militar que temía que el ejército fuera vejado o acaso suprimido, los restos dispersos del partido santanista y, sobre todo, el poderoso y omnipotente clero, que formaba dentro del Estado, otro, cuya cabeza estaba en Roma; que poseía más recursos que el poder civil..." [Parra]

"Nunca el influjo del clero se mostró más siniestro, más avasallador, más fecundo en intrigas y en sordos manejos que durante los años de 1856 y 1857... fue el constante foco de la resis-

tencia a las tentativas reformistas..., a todo conato de transformar la sociedad mexicana... Al clero se debió que la Reforma se hiciese con violencia, que fuera sangrienta, que fuera implacable... El año de 1856 se añadió a esto la voz del Papa Pío IX: Sus palabras no fueron de paz como las del Divino Maestro; equiparaba las justas tentativas de un pueblo para conquistar su autoridad y autonomía administrativa a ataques a la religión; consideraba heréticas y nulas las medidas dictadas por el gobierno; condenaba con el abrumador peso de su autoridad moral el proyecto de Constitución que, a la sazón, el Constituyente discutía..." [Parra]

La oposición al Gobierno tomaba, pues, el carácter de deber sagrado, de defensa de la religión. Religión y fueros era el grito de guerra.

Todos los medios pacíficos estaban agotados, no había esperanzas de conciliación; el clero mexicano era inflexible y se declaraba en pugna abierta con la autoridad civil; la cuestión tendría que resolverse en el terreno de las armas después de terribles combates, después de una lucha encarnizada y sin cuartel.

Eran dos ideales puestos frente a frente, eran dos formas de civilización, dos tipos de estructura social entre los cuales no cabía avenimiento; el partido conservador acariciaba y quería sostener a todo trance el viejo ideal de la Edad Media..., el ideal liberal era otro: la Iglesia debía limitarse a lo puramente ideal, al gobierno de las conciencias..., en México era urgente proclamar la libertad de conciencia..., el viejo ideal era la aristocracia, el nuevo era la democracia; conforme a aquél el poder era el patrimonio de unos cuantos, era emanación de Dios; éste lo confería a los reyes, los cuales a su vez lo compartían..., y para las clases privilegiadas eran todos los beneficios del orden social; mientras que la inmensa mayoría... eran infelices parias, eran desgraciados ilotas que soportaban todas las cargas sin gozar del menor beneficio, pues mucho era concederles la "alegría de vivir", dejarles respirar algunos metros cúbicos de aire, permitirles beber agua turbia y devorar pan negro. Y esa magnanimidad provenía de lo indispensables que para la comunidad eran las clases oprimidas; el encomendero necesitaba peones para sus campos..., trabajadores, en fin, que le proveyesen de todo lo necesario. [Parra]

Del concepto democrático, conforme al cual el reformista consideraba la nación y su régimen político, se derivaba, como del axioma se deduce el teorema, la no existencia de las clases pri-

vilegiadas, abolidas por la Ley Juárez..., más tarde la Constitución de 1857 proclamó el mismo principio de la igualdad. [Parra]

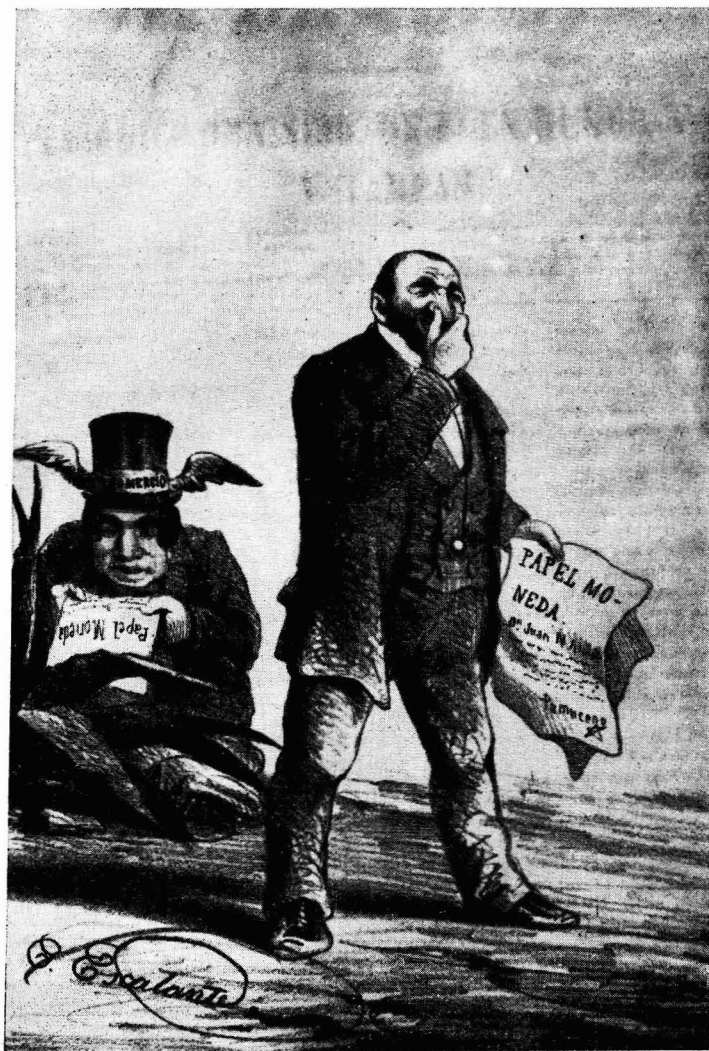
Los "conservadores" se negaron a aceptar el mundo nuevo y se lanzaron a la lucha armada. "Su error inmenso —escribía Sierra— consistió en creer que, porque la masa social era en México católica, había de consentir en hacer del catolicismo un instrumento de dominación política..."

Olvidaron los conservadores algo fundamental, tanto desde el punto de vista del Estado moderno, como desde el punto de vista católico, aquello que formuló con gran claridad Francisco Zarco en las siguientes palabras: "...donde quiera que el clero pretenda mezclarse en la política, ya prestando a los gobiernos su influencia para oprimir, ya poniéndose en pugna con el poder civil por cuestiones en que sólo se trata de intereses materiales, sufren a un tiempo la respetabilidad del clero, la causa del Estado y la de la religión".

La guerra de tres años produjo cambios decisivos en la vida del país, y terminó, como era lógico, con el triunfo de la Reforma. "La evolución de la República hacia el completo dominio de sí misma, hacia la plena institución del Estado laico, tenía un obstáculo insuperable: la Iglesia constituida en potencia territorial y espiritual al mismo tiempo; sobre lo espiritual nada podía el Estado, sobre lo material sí; desarmó a su gran adversario de su poder territorial y pasó. Esto era fatal; era necesario..." [Sierra]

Poco a poco el pueblo "informe y apenas consciente levantaba los ojos a los ideales nuevos..., igualdad, libertad, solidaridad... Poco a poco se integró una mayoría "o neutral o netamente reformista. Lo que era una minoría al día siguiente de la invasión americana, era la mayoría del país la víspera de la invasión francesa... Sobre el programa reformista se iba a informar el nuevo mundo mexicano... La reacción había sucumbido para siempre..., en el mundo de las ideas había muerto ya; en el de los hechos acababa de entrar definitivamente en la historia. Lo que de ella figuró en nuestra gran tragedia nacional fue un espectro, un aparecido; idealmente, socialmente, militarmente, había concluido..., para resucitarla, la primera nación militar del mundo, arrastrando en pos suya a un príncipe austriaco y a una parte de la sociedad mexicana, había de gastar todo su prestigio y todo su poder sin conseguirlo". [Sierra]

Frente al fracaso y la derrota la reacción escogió el camino de la traición y de la intervención extranjera. La justificación era



El papel moneda en circulación. Salgny:—No sé por qué me huele mal este negocio



Ya os habéis puesto las botas de vuestro ho[mónimo], pero el sombrero es demasiado grande para cabeza tan pequeña

obvia, pues de acuerdo con las palabras de Pachecho, Ministro de España, "México, donde se había perdido toda noción de derecho y todo principio de bien, necesitaba que Europa, por medio de una intervención armada, le impusiese la libertad y el orden, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia, escándalo y baldón de la humanidad civilizada".

La Intervención extranjera

En México nadie creía en la Intervención hasta que en diciembre del 61 llegaron a Veracruz los españoles y los ingleses y más tarde los franceses. España e Inglaterra se retiraron; el ejército francés avanza y el 5 de mayo ataca Puebla, donde se habían concentrado las tropas mexicanas al mando de Zaragoza ("joven General formado en la guerra reformista"). El ejército francés es rechazado y regresa a Orizaba donde se hace fuerte, y espera durante casi todo un año la llegada de los refuerzos, enviados por Napoleón III, que le permitirán conquistar al país.

¿Cuál es la significación e importancia de la batalla del 5 de mayo en la lucha contra la intervención imperialista, y en la historia de México en su conjunto?

Justo Sierra escribía en su *Evolución política del pueblo mexicano*: "El cinco de mayo, por el número de los combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos), no es una batalla de primer orden, ni de segundo; no es Platea, es Maratón. Es Maratón, por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo; ignoramos si hubo mexicanos a quienes entristeciera el triunfo; creemos que no, en ningún partido; ni odio, ni ambición, ni desesperación, pudo tener la facultad de apagar los latidos de ningún corazón movido por sangre mexicana. Unos callarían, otros clamaron en todos los rincones, en todos los ámbitos del país; no hubo aldea de indígenas en que no relampagueara la electricidad del patriotismo; aquella chispa súbita puso en contacto muchas conciencias dormidas para la patria, y a todas las despertó. Hubo una nación que resintiera el choque; esa nación se sintió capaz de supremos esfuerzos. En ese minuto admirable de nuestra historia, el partido reformista, que era la mayoría, comenzó a ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional: la Reforma, la República y la Patria, comenzaron juntas en esa hora de mayo el viacrucis que las había de llevar a la identificación, a la unificación plena en el día indefectible de la resurrección del derecho. Fuera de esa nueva y definitiva personalidad de la patria, nada había... átomos errantes, reliquias centrífugas del período genésico de nuestra nacionalidad".

A pesar del optimismo esos "átomos errantes", esas "reliquias", poseían mucha mayor fuerza y coherencia de lo que se creía. No sólo durante la Intervención con la que colaboraron en todos los campos, desde en el militar hasta en las más altas esferas de la política del Imperio; sino sobre todo, años más tarde, al llegar la paz e iniciarse la nueva orientación del liberalismo mexicano, presidida por los "científicos" y el porfiriato; e incluso en nuestros días...

Al iniciarse la intervención extranjera los conservadores, en su gran mayoría, participaron activamente. En uno de los partes del general Zaragoza, el 5 de mayo de 1862 leemos: "Puebla: diez, y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—Señor ministro de la Guerra.—El enemigo está acampado a tres cuartos de la garita de la ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir. El general O'Horan me avisa que ayer batió en Atlixco a 1,200 reaccionarios, cuya población abandonaron después de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se hallan en Matamoras preparando su marcha para este rumbo.—Todo lo que digo a vd. para conocimiento del ciudadano Presidente de la República."

Pero en lo fundamental Justo Sierra tenía razón: se ha iniciado la lucha por la unidad nacional o, mejor dicho, en la lucha contra el imperialismo se va constituyendo esta unidad, y sobre todo se afirma y crea una conciencia clara de la independencia de la república. También desde un punto de vista práctico las consecuencias del triunfo fueron decisivas: "El cinco de mayo, conteniendo al ejército francés por un año, permitió al país organizar la resistencia; podría ésta ser parcialmente vencida por la evidente superioridad militar de los invasores, pero totalmente vencida no, sino con un inmenso ejército de ocupación, y temporalmente; con el esfuerzo que la Francia imperial podía hacer, no era realizable ni bosquejar siquiera la ocupación plena; era segura una lucha decorada de victorias pero cuyo resultado tendría que ser un gasto moral y material irreparable, que colocaría a la nación invasora en un estado de palpable inferioridad militar en Europa".

La batalla del 5 de mayo es el anuncio de la resistencia heroica del pueblo frente a la ocupación militar. La batalla es breve y de gran significación. También lo son los partes del general Zaragoza: "Puebla, Mayo 5 de 1862, a las doce y veintiocho minutos del día.—Señor ministro de la Guerra.—Son las doce del día, y se ha roto el fuego de cañón por ambas partes."

"Puebla, Mayo 5, a las dos de la tarde.—Señor ministro de la Guerra.—El ejército francés ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando a esta plaza por la línea de Oriente, y es probable que por este rumbo vuelva a comenzar su ataque. En estos momentos ha cesado el fuego del todo.—De orden del señor gobernador y comandante militar comunico a vd. esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—J. Téllez."

"Puebla, Mayo 5 de 1862, a las dos y treinta minutos de la tarde.—Señor ministro de la Guerra.—Los zuavos se han dispersado, y nuestra caballería trata de cortarlos en estos momentos.—Tapia."

"Mayo 5.—Recibido a las cuatro y media de la tarde.—C. ministro de la Guerra.—Dos horas y media nos hemos batido. El enemigo ha arrojado multitud de granadas. Sus columnas, sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas, y seguramente atacó con 4,000 hombres. Todo su impulso fue sobre el cerro. En este momento se retiran las columnas, y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas. Comienza un fuerte aguacero.—Zaragoza."

La naturaleza misma parece anunciar en las palabras finales del general Zaragoza, lo que se avecina. Estamos "al filo del agua", que como dice Agustín Yáñez "es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia, y —en sentido figurado, muy común— la inminencia o el principio de un suceso". Y la tormenta duró cinco años.

El ejército francés ocupa poco a poco la totalidad del país. Hasta fines del 63 dominaban gran parte de las costas del Golfo, el camino hacia la Mesa Central, y extendían poco a poco su dominio en ésta. Ya desde el principio y en toda la zona ocupada

ALCANCE AL SIGLO XIX

del Lunes 5 de Mayo de 1862

PUEBLA

ATACADA POR EL EJERCITO FRANCES.

El supremo gobierno ha recibido hoy los siguientes despachos telegráficos:

Puebla: diez, y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El enemigo está acampado a tres cuartos de la garita de esta ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir. El general O'Horan me avisa que ayer batió en Atlixco a 1,200 reaccionarios, cuya población abandonaron después de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se hallan en Matamoras preparando su marcha para este rumbo.

Todo lo que digo a vd. para conocimiento del ciudadano presidente de la República.—Zaragoza.

Puebla, Mayo 5 de 1862, a las doce y veintiocho minutos del día.—Señor ministro de la guerra.—Son las doce del día, y se ha roto el fuego de cañón por ambas partes.—Zaragoza.

Puebla, Mayo 5, a las dos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—El ejército francés ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando a esta plaza por la línea de Oriente, y es probable que por este rumbo vuelva a comenzar su ataque. En estos momentos ha cesado el fuego del todo.

De orden del señor gobernador y comandante militar comunico a vd. esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—J. Téllez.

Puebla, Mayo 5 de 1862, a las dos y treinta minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—Los Zuavos se han dispersado, y nuestra caballería trata de cortarlos en estos momentos.—Tapia.

Mayo 5.—Recibido a las cuatro y media de la tarde.—C. ministro de la guerra.—Dos horas y media nos hemos batido. El enemigo ha arrojado multitud de granadas. Sus columnas, sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas, y seguramente atacó con 4,000 hombres. Todo su impulso fue sobre el cerro. En este momento se retiran las columnas, y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas. Comienza un fuerte aguacero.—Zaragoza.

Imprenta de I. Camplido.

se manifestó con claridad lo que el invasor se proponía: “Desarmar la resistencia por el terror, pacificar por medio de la muerte, limpiar caminos y ciudades por medio de la sangre; la justicia militar se encargó de todo este programa..., y fue una justicia espantosamente acelerada: las simples sospechas, el haber sido guerrillero o amigo de guerrilleros, la fisonomía, una acusación vaga, muy poco comprendida generalmente por quienes no hablaban una palabra de español, bastaban para acarrear la muerte.” Estas palabras de Justo Sierra, y las que citaremos más adelante, nos permiten formarnos una idea clara de lo que fueron el terror y la violencia imperantes en esa época. “La campaña del invierno de 63 a 64 fue rápida y mortal para el gobierno legítimo. El ejército francés, por sí mismo o sirviendo de apoyo a los grupos infidentes, que, como ha sucedido casi siempre en los países invadidos, habían podido organizarse y que estaban humillados, pero armados y pagados perfectamente, logró dominar toda la Mesa Central, ocupó todas las ciudades importantes del interior; el ejército republicano mutilado, ensangrentado, cortado en fragmentos, en desorganización rápida, se refugiaba en las montañas de Michoacán, de Jalisco, de Zacatecas, o se retiraba... Todo estaba mutilado, mermado, disminuido en la nación; sólo Juárez permanecía intacto; en él la República era incólume.” En mayo de 1865, Ignacio Manuel Altamirano escribe acerca de Juárez: “Más fácil es que la tierra se salga de su eje, que ese hombre [se salga] de la República. Ese hombre no es un hombre: es el deber hecho carne. Pero ¿dónde está?, me han replicado. Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento; pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República.” En este mismo año la situación del país es descrita por Justo Sierra de esta manera: “El año de 63, que había comenzado con la pacificación del centro del país, con la adhesión al imperio de cuantos creyeron en su consolidación, de cuantos ponían la garantía de sus intereses materiales por encima del interés de la patria, de cuantos el prestigio militar de Francia y el terror de la intervención americana ofuscaba, fue el año de prueba; quedó comprobado, en el apogeo del triunfo y de la fuerza, que el imperio era imposible. La resistencia, persistente en todos los ángulos del país y que millares de ejecuciones no bastaban a dominar, tomaba repentinamente en Michoacán, en Sonora y Sinaloa, en el este de la frontera septentrional, proporciones de incendio que sólo se sofocaba en apariencia con nueva sangre, con nuevos gastos. Y he aquí cómo se presentaban las cosas al mediar el año: el país seguía inundado de guerrillas, la resistencia pulverizada lo llenaba todo; la resistencia del espíritu público se reorganizaba y crecía gigantesca; los ex reaccionarios descontentos, aunque encadenados al imperio; los intereses creados por la Reforma, profundamente hostiles a la revisión general; los propietarios, pasando rápidamente de la desconfianza a la seguridad de que Francia no acabaría su obra, procurando salirse de la casa en ruinas de Maximiliano, y el partido de acción alistándose para volver a la lucha, contando, casi siempre, con la tolerancia benévola de las autoridades nombradas por los ministros reformistas del imperio. El general Douay, el más respetable de los oficiales franceses que vinieron a México, resumía la situación así: ‘La organización política establecida por el gobierno imperial, no ha producido hasta hoy resultado alguno. La tranquilidad que reina en ciertos departamentos no es sino aparente y solamente debida a la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno son muy pocos. En el estado actual de los ánimos, es inútil esperar ayuda de nadie, cualquiera que sea el partido a que pertenezca.’” [Agosto de 65]

El año de 1866 es el año de la reconquista del país; la resistencia moral es cada vez mayor, pero sobre todo la resistencia armada, que a pesar de la represión bárbara es cada día más vigorosa. En los primeros meses del año las guerrillas se desarrollan sobre todo en el norte del país, las victorias sobre los reaccionarios y sobre el ejército invasor se suceden, las ciudades más importantes del norte son recuperadas. Pero la guerra seguía, y la violencia estaba en su apogeo, en los primeros meses del año, en el norte, “lo mismo que en todo el país, día a día eran derrotadas las guerrillas, y no acababan nunca; tanta victoria denotaba el combate sin tregua”. Es, como decíamos, a mediados del 66 y en los primeros meses del 67, cuando se consuma la victoria. En junio del 67 Maximiliano fue ejecutado con sus compañeros Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas. “Con el imperio, con la guerra que oficialmente fue llamada ‘guerra de la segunda independencia’, concluye el gran periodo de la revolución mexicana, en realidad iniciado en 1810, pero renovado definitivamente en 1857.” México —sigue diciendo Justo Sierra— había adquirido un alma, la unidad nacional. “Había salvado su independencia, conquistado la plena conciencia de sí mismo y avasallado a la historia. La república fue entonces la nación; con excepciones ignoradas todos asistieron al triunfo, todos comprendieron



—He aquí las únicas mulas que me quedan

que había un hecho definitivamente consumado, que se habían realizado conquistas que serían eternas en la historia, que la Reforma, la República y la Patria resultaban, desde aquel instante, la misma cosa y que no había más que una bandera nacional, la Constitución de 57; bajo ella todos volvieron a ser ciudadanos, a ser mexicanos, a ser libres...”

Consecuencias

“La Reforma no fue un solo acontecimiento; fue un conjunto sistematizado y coordinado de acontecimientos...”

“La Reforma modificó profundamente el orden político consagrando la forma federal, republicana y representativa, proclamando el sufragio popular o, lo que es lo mismo, la democracia, garantizando todo género de libertades, y entre ellas la más preciosa y la que más torrentes de sangre ha costado, la libertad de conciencia; modificó el orden económico haciendo entrar a la circulación una cantidad enorme de riqueza acumulada, dividiendo la propiedad y facilitando por este medio la creación de una burguesía, o verdadera clase media, que colmase el abismo que, durante el régimen Colonial, separaba a los opulentos de los desheredados y la que subsistió muchos años después de consumada la Independencia; aboliendo las clases privilegiadas, la Reforma modificó el orden social y proclamó la igualdad, base de la democracia o gobierno del pueblo para el pueblo. Proponiéndose abolir las trabas que embarazaban el comercio y mejorar las vías de comunicación, la Reforma implantaba las semillas del progreso material que no pudieron desenvolverse hasta estos últimos años. La Reforma modificó hasta el régimen de la familia, instituyendo el matrimonio laico, sometido únicamente a la potestad civil, al lado del religioso o de institución divina, único conocido antes.” [Parra]

“Se ve pues que no es sofisticado atribuir a la Reforma el gran desarrollo observado en todos los elementos que constituyen la riqueza y el adelanto de un país y que hoy forman la prosperidad de la nación.” En el plano económico los beneficios fueron enormes y duraderos, los reformistas obraron como consumados políticos; Pablo Macedo, en su *Historia de la Hacienda Pública*, decía a propósito de los hombres de la Reforma “que con su obra gigantesca y fecunda nos pusieron en vías de una redención que llegaron muchos a creer imposible, y que, para decirlo de una vez, sin ellos acaso no tuviéramos ya el derecho de llamarnos mexicanos”. Para Porfirio Parra, la Reforma “significó en la historia de México el advenimiento de una nueva era de progreso integral y vigoroso, mostrado por múltiples consecuencias en los más variados órdenes de la actividad social... Si las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron deplorables, las lejanas fueron todas benéficas y formaron la base de la prosperidad nacional. El alma mexicana se abrió a todos los rumbos del espíritu, la religión dejó de ser un fanatismo, una superstición, que por añadidura se imponía por la fuerza, para trocarse en una

convicción, resultado de la meditación serena y de la elección libre. El clero, gracias a la Reforma, dejaba de ser la corporación poderosa y opresora que se entrometía en todos los actos de la potestad civil y retenía en sus estériles manos la mayor parte de la riqueza; la inteligencia del mexicano exploró todos los horizontes de la filosofía, examinó todos los sistemas que el hombre ha ideado para descubrir la verdad, pues no hay que dudar que la Reforma no se limitó a hacer laica la riqueza, laico el matrimonio, totalmente laicas las instituciones, sino que aspiró también a dar el mismo carácter a la enseñanza, emancipándola de la tutela eclesiástica que había pesado sobre ella."

Frente a la Intervención, la explicación de Parra es significativa del nuevo espíritu reinante en el porfiriato: "En el orden político la Reforma produjo una consecuencia inmediata desastrosa; redujo al partido reaccionario a la desesperación, induciéndole a solicitar y traer sobre nosotros, como destructor nublado, la Intervención francesa. Mas la energía de los hombres de la Reforma, su denuedo y arrojo, las profundas raíces que ya tenía en la opinión el símbolo reformista, los intereses favorables a él que habían surgido, la inevitable asociación que en el alma del mexicano se formó entre Reforma e Independencia, por una parte, y entre reacción e invasión de la patria, por la otra, no sólo conjuraron el peligro, sino que trocaron en gran bien un mal funesto, haciendo del partido reformista el partido nacional y defensor de la patria invadida."

Encontramos, además, otra afirmación que apunta en cierta manera hacia lo que para nosotros constituye la significación última de la lucha contra la Intervención: la afirmación no sólo de una conciencia nacional, sino de una verdadera realidad nacional, en la que los sectores populares se van constituyendo como la fuerza decisiva de nuestra historia. Para Parra la Intervención fue "una especie de experimento político que mostró a las claras que el derecho de los pueblos no es una entidad metafísica ni un ente de razón, sino un hecho positivo... Y es en este hecho positivo, en esta realidad, donde hay que buscar los verdaderos antecedentes de la Revolución de 1910. En un plano más profundo que el ideológico, subrayado por los liberales, transcurre la historia social y económica. La lucha por la Independencia política no es determinante sólo para la formación de la "conciencia" de la unidad nacional, sino también para la formación de una conciencia clasista, campesina y obrera, cada día más importante para el desarrollo del país."

"El país estaba desquiciado... el deseo verdadero del país, el rumor que escapaba de todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo a otro de la república, en el taller, en la fábrica, en la hacienda, en la escuela, en el templo, era el de la paz... Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz, ha fundado la religión política de la paz." [Sierra]

Sin embargo, en Justo Sierra se afirma la gran tradición liberal, y concluye su *Evolución política del pueblo mexicano* diciendo: "... crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspira a realizarlo, y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo. El enemigo es íntimo; es la probabilidad de pasar del idioma indígena al idioma extranjero en nuestras fronteras, obstruyendo el paso a la lengua nacional; es la superstición que sólo la escuela laica, con su espíritu humano y científico, puede combatir con éxito; es la irreligiosidad cívica de los impíos que, abusando del sentimiento religioso inextirpable en los mexicanos, persisten en oponer a los principios, que son la base de nuestra vida moderna, los que han sido la base religiosa de nuestro ser moral; es el escepticismo de los que, al dudar de que lleguemos a ser aptos para la libertad, nos condenan a muerte. Y así queda definido el deber; educar quiere decir fortificar; la libertad, médula de leones, sólo ha sido, individual y colectivamente, el patriotismo de los fuertes; los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad."

A propósito de esta obra y de su significación escribía don Alfonso Reyes: "Pudiera pensarse que esta historia, suspendida en los umbrales de la Revolución, necesita ser revisada en vista de la Revolución misma. No: necesita simplemente ser completada. En ella están todas las premisas que habrían de explicar el porvenir, lo mismo cuando juzga el estado social del indio que del mestizo y del criollo; y el candor mismo con que fue escrita es la mejor garantía de que no hace falta torcer ni falsificar los hechos para comprender el presente. Cuando Justo Sierra se enfrenta con los errores heredados de la Colonia —y los peores

de todos, aquellos que se han incorporado en defectos del carácter nacional—, dice así: 'Desgraciadamente, esos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación española y la de las clases privilegiadas por ella constituidas. Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación.' La *Evolución Política* de Justo Sierra sigue en marcha, como sigue en marcha la inspiración de su obra."

Queda así asegurada la continuidad del liberalismo, sobre todo si logramos superar la etapa porfiriana durante la cual, como ya hemos dicho, los principios liberales se respetan, pero no se cumplen ni afirman en la práctica. En el proemio al tercer tomo de la obra ya citada de Reyes Heróles, encontramos expuesta en forma breve la significación del porfirismo, desde el punto de vista de la tradición liberal y de la Revolución Mexicana: "Durante el porfirismo se crean nuevos intereses. Una clase poderosa va a surgir al amparo de o en conjunción con una nueva oligarquía política. La aristocracia territorial, endeble, va a ser sustituida por una nueva clase propietaria que, si bien toma de su antecesora los vicios —el absentismo, la explotación del hombre, etcétera—, no hereda su debilidad. La clase pudiente va a gobernar, al amparo de la Constitución liberal de 1857 y de las Leyes de Reforma. Pero ésta es sólo la forma de gobierno. El sistema es distinto, opuesto en verdad: sin repudiar expresamente al liberalismo, sino bien al contrario, glorificándolo en solemnidades y monumentos, el porfirismo en sus distintas etapas se separa completamente de los objetivos liberales. Se niega de facto una trayectoria histórica-política, una ideología que formalmente se respeta y se asienta que sigue privando. Las realidades, lo cotidiano, subvierten los principios constitucionales. Se realiza la subversión más efectiva: el cambio de los hechos, de las prácticas, sin negar expresamente los principios. No sólo se detiene una revolución que ya podía continuar como evolución, nacida con nuestra propia nacionalidad, sino que se invierte el acaecer histórico imbuyéndole un sentido contrario. Por eso, bien pronto un positivismo aburguesante, un progreso que no se mide en función de sus efectos sociales, y una paz no orgánica, sino impuesta, sustituyen viejos ideales y viejos anhelos. La idea social del liberalismo mexicano subsiste en el subsuelo; los pecados que contra esta idea se cometen, bien pronto van a ser cobrados. El porfirismo viola los principios políticos del liberalismo y niega la corriente social que, al menos, había atemperado en nuestro país el dogmatismo individualista. El porfirismo, enjuiciado en su totalidad como fenómeno que dura treinta años, no es un descendiente legítimo del liberalismo. Si cronológicamente lo sucede, históricamente lo suplanta. Nuevos móviles económicos y un objeto político distinto dan fisonomía bien diversa a ambas etapas históricas de México. Los liberales fueron un movimiento, persiguiendo una ideología, venciendo enemigos que se resistían. El porfirismo aglutinó a los enemigos de ayer mediante intereses para mantener un orden que se creía perpetuo. Las filosofías inquietas, llenas de fe en la actividad del hombre, de estirpe jusnaturalista que guían a los liberales, son sustituidas por una filosofía positivista tomada, además, en su vertiente oligárquica. Por tanto, no debe buscarse una sucesión normal, legítima, entre liberalismo y porfirismo y una continuidad, sino una sustitución y una verdadera discontinuidad. Si el afán de innovar y modificar conduce a los liberales, el propósito de conservar conduce al porfirismo. Por instinto de conservación se sabe que los cambios, por leves que sean, pueden hacer tambalear toda la estructura. Pero no obstante los intereses creados al amparo del porfirismo, que sustentaban la negación real de nuestra evolución liberal, la idea agraria subsiste, los principios de justicia social que mantienen y a través de la Revolución Mexicana rompen el límite que dentro del proceso liberal había tenido; el 'no es tiempo', frecuente valladar a propósito de progreso en México." [Reyes Heróles]

No "era tiempo aún" cuando la Independencia, ni tampoco al estallar la Revolución de 1910; pero es que el tiempo real de la historia no es idéntico al de las clases o ideologías dominantes. Descubrir esta temporalidad de la historia del pueblo de México es lo que no podían hacer ni los liberales románticos ni los positivistas. Para ellos la Historia era la historia del desarrollo del espíritu humano, del saber, de la conciencia. La historia real en sus grandes momentos revolucionarios es un violento llamado al origen, al hombre, al pueblo que hace su historia y que se revela entonces, por encima de las ideologías, como lo único real y verdadero. Esto es lo que muestran algunos de los textos que hemos citado. Esto es lo que nos proponíamos: conmemorar un hecho histórico, la batalla del cinco de mayo, como obra del pueblo, del pueblo que hizo la Independencia, la Reforma, la Revolución, y que sigue luchando por la libertad y la justicia.